Registrado como artículo de segunda clase
el 16 de Febrero de 1904,

Tomo primero.—Número 21.
Oaxaca, Junio 12 de 1904.

EL IDEAL.

Revista literaria y de variedades, dedicada al Bello Sexo y al Pueblo.

Director: ARNULFO SAN-GERMAN.

Redactor responsable: José Castro Iturbide.

COLABORADORES: Lics. Manuel Brioso y Candiani, Pedro Camacho y Sres. José Joaquín Varela y Julio Lizet.

ADMINISTRADOR: ENRIQUE MUÑUZURI.

El naufragio.

Hace muchos años, cierta mañana del mes de Diciembre, zarpaba en el puerto de Liverpool un gran buque que llevaba á bordo más de doscientas personas, entre ellas setenta hombres de tripulación.

El capitán y casi todos los marineros eran ingleses. Entre los pasajeros se encontraban varios italianos: tres caballeros, un sacerdote y una compañía de músicos.

El buque iba á la isla de Malta. El tiempo estaba borrascoso.

Entre los viajeros de tercera clase á proa, se contaba un muchacho italiano, de doce años proximamente, pequeño para su edad, pero robusto; un hermoso rostro de siciliano, audaz y severo. Estaba solo, cerca del palo trinquete, sentado sobre un montón de cuerdas, al lado de una maletilla usada que contenía su equipaje, y sobre la cual se apoyaba.

Tenía el rostro moreno, y el cabello negro y rizado, que casi le caía sobre la espalda. Estaba vestido pobremente, con una manta destrozada sobre los hombros y una vieja bolsa de cuero, colgada.

Miraba á su alrededor pensativo, á los pasajeros, al barco, á los marineros que pasaban corriendo, y al inquieto mar.

Tenía el aspecto de un muchacho que acababa de experimentar una gran desgracia de familia: cara de niño y expresión de hombre.

Poco después de la salida, uno de los marineros, un italiano, con el cabello gris, apareció á proa conduciendo de la mano á una muchacha, y parándose delante del pequeño siciliano, le dijo:

—Aquí tienes una compañera de viaje, Mario. Después se marchó.

La muchacha se sentó sobre el montón de cuerdas, al lado del chico. Se miraron.

—¿A dónde vás? le preguntó el siciliano.

La muchacha respondió:—A Malta, por Nápoles.—Después añadió:—Voy á reunirme con mí padre y mi madre que me esperan. Me llamo Julia Fagiani.

El muchacho permaneció callado. Después de algunos minutos, sacó de la bolsa, pan y frutas secas: la chica tenía biscochos: comieron.

—¡Alegría! gritó el marinero italiano pasando rapidamente. ¡Ahora empieza una danza!

El viento crecía, y el barco rodaba con fuerza. Pero los dos muchachos, que no se mareaban, no tenían miedo. La muchacha sonreía. Representaba casi la misma edad que su compañero, pero era más alta: morena, delgada, algo enfermiza, y vestida más que modestamente.

Tenía el cabello cortado y recogido; un pañuelo encarnado alrededor de la cabeza, y en las orejas zarcillos de plata.

Mientras comían, se contaron sus asuntos

El muchacho no tenía ni padre ni madre. Su padre, trabajador había muerto en Liverpool pocos días antes, dejándolo solo, y el Cónsul italiano lo había mandado á su país, á Palermo, donde le quedaban parientes lejanos

La muchacha había sido conducida á Lóndres el año antes con una tía viuda que la quería mucho, y á la cual sus padres (que eran pobres) se la habían dejado por algún tiempo, confiados en la promesa de la herencia: pero pocos meses después, la

tía había muerto aplastada por un vehículo, sin dejar un céntimo; y entónces también ella había recurrido al Cónsul, que la había embarcado para Italia. Los dos habían sido recomendados al marinero italiano:—Así, concluyó la niña, mi padre y mi madre creían que volvería rica, y al contrario, vuelvo pobre. Pero me quieren mucho de todas maneras, y mis hermanos también. Cuatro tengo, todos pequeños; yo soy la mayor de la casa, y los visto. Tendrán mucha alegría al verme. Entraré de puntillas ..... ¡Qué malo está el mar!

Después le preguntó al muchacho;

—¿Y tú? ¿Vás á vivir con tus parientes?

—Sí..... si quieren, respondió.

—¿No te quieren bien?

—No lo sé

—Yo cumplo trece años en Navidad, dijo la muchacha.

Luego empezaron á charlar del mar y de la gente que había alrededor. Todo el día estuvieron reunidos, cambiando de cuando en cuando alguna palabra. Los pasajeros creían que eran hermano y hermana. La niña hacía media; el muchacho meditaba. El mar seguía levantisco. Por la noche, en el momento de separarse para ir á dormir, la niña dijo á Mario:

—Qué duermas bien.

—¡Nadie dormirá bien, pobres niños! exclamó el marinero italiano, al pasar corriendo, llamado por el Capitán.

El muchacho iba á responder á su amiga: "Buenas noches," cuando un golpe inesperado de mar lo lanzó con violencia contra un banco.

—¡Madre mía! .... ¡Qué se ha hecho sangre!..... gritó la chica, echándose sobre él.

Los pasajeros, que escapaban abajo, no hicieron caso. La niña se arrodilló junto á Mario que estaba aturdido de la contusión; le lavó la frente, que sangraba, y quitándose el pañuelo rojo, se lo ató alrededor de la cabeza, y al estrechar la frente contra su pecho para anudar las puntas del pañuelo atrás, le quedó una mancha de sangre en el vestido amarillo, sobre el cinturón. Mario se repuso, y se levantó.

—¿Te sientes mejor? preguntó la muchacha.

—Ya no tengo nada, contestó.

—Duerme bien, dijo Julia.

—Buenas noches, respondió Mario.

Y bajaron por dos escaleras próximas, á sus respectivos dormitorios.

El marinero había acertado en su augurio. No se había dormido aún, cuando se desencadenó una horrorosa tormenta.

Fué como un asalto inesperado de tremendas olas, que en pocos momentos despedazaron un palo y se llevaron tres de las barcas sujetas á la grúa y cuatro bueyes que estaban á proa, como si hubieran sido hojas secas. En el interior del buque reinaban confusión y espanto indescriptibles; un ruido, una batahola de gritos, de llantos y de plegarias, que hacía erizar el cabello. La tempestad fué aumentando su furia toda la noche. Al amanecer creció más. Las olas formidables, azotando el barco de través, rompían sobre cubierta y destrozaban, barrían, revolvían en el mar todas las cosas.

La plataforma que cubría la máquina se rompió, y el agua se precipitó dentro con estrépito terrible, los fuegos se apagaron, los maquinistas huyeron; grandes arroyos impetuosos penetraron por todas partes. Una voz fuerte gritó: "¡A la bomba!" Era la voz del Capitán. Los marineros se lanzaron á la bomba. Pero un rápido golpe de mar, rompiéndose contra el buque por detrás, destrozó parapetos y escotillas, y echó dentro un torrente de agua.

Todos los pasajeros, más muertos que vivos, se habían refugiado en la cámara, De allí á poco, apareció el Capitán.

—¡Capitán! ¡Capitán! gritaban todos á la vez. ¿Qué se hace?—¿Cómo estamos?—¿Hay esperanza? —¡Salvadnos!

El capitán esperó á que todos callasen, y dijo:—Resignémonos.

Una sola mujer lanzó un grito:—¡Piedad! Ninguno pudo echar la voz del cuerpo. El terror los había petrificado á todos. Mucho tiempo pasó en silencio sepulcral. Todos se miraban, con el rostro blanco como la cera. El mar, horroroso, se enfurecía cada vez más. El buque rodaba pesadamente. En un momento dado, el capitán intentó echar al mar una lancha de salvación; cinco marineros entraron en ella, pero las olas la volcaron, y dos de ellos se sumergieron, uno de los cuales era el italiano; los otros, con mucho trabajo, consiguieron agarrarse á las cuerdas y volver á salir. Después de ésto, los mismos marineros perdieron toda esperanza. Dos horas después el buque estaba ya sumergido en el agua hasta la altura de las bordas.

Un espectáculo terrible ocurría entretanto sobre cubierta. Las madres estrechaban desesperadamente entre sus brazos á sus hijos, los amigos se abrazaban y despedían: algunos bajaban á los camarotes para morir sin ver el mar. Un pasajero se disparó un tiro en la cabeza y cayó boca abajo sobre la escalera del dormitorio, donde expiró. Muchos se agarraban frenéticamente unos á otros, algunas mujeres se retorcían en convulsiones horribles. Otras estaban arrodilladas junto á un sacerdote. Se oía un coro de sollozos, de lamentos infantiles, de voces agudas y extrañas, y se veían por algunos lados personas inmóviles como estátuas, estúpidas, con los ojos dilatados y sin vista, con rostros de muertos y de locos. Los dos muchachos, Mario y Julia, agarrados á un palo del buque, miraban al mar con los ojos fijos, como insensatos.

El mar se había aquietado un poco, pero el barco continuaba hundiéndose lentamente. No quedaban más que pocos minutos.

—¡La chalupa, al agua! gritó el capitán.

Una chalupa, la última que quedaba, fué botada al mar, y cuatro marineros y tres pasajeros bajaron. El capitán permaneció á bordo.

—¡Baje con nosotros! gritaron de la barca.

—Yo debo morir en mi puesto, respondió el capitán.

Encontraremos un barco, le gritaron los marineros; nos salvaremos. Baje. Está perdido.

—Yo me quedo.

—¡Todavía hay un sitio! gritaron entonces los marineros volviéndose á los otros pasajeros: ¡Una mujer!

Una mujer avanzó sostenida por el capitán; pero cuando vió la distancia á que se encontraba la chalupa, no tuvo valor de dar el salto, y cayó sobre cubierta.

Sigue en la 5ª plana.

RELAMPAGOS.

Romper airado la tiniebla obscura,
Brillar un punto iluminando el cielo,
Y sumergirse como en mar de hielo
Del olvido en la inmensa sepultura;

Dibujar en el aire una figura
Con todos los colores del anhelo,
Y verla á otra región tender el vuelo,
O bien fundida en la materia impura;

¡Todo eso hace el relámpago! Mucho antes
De afligir ó alegrar con su presencia,
Muere en las sombras que alumbró distantes;

¡Amor, ventura, fé, gloria, inocencia!
¿Qué sois, sino relámpagos brillantes,
En la noche sin fin de la existencia?

Manuel del Palacio.

ACUARELA MARINA.

Lame jugando el mar con verdes olas
Las "casetas" que bordan la ribera
Y parte, allá, á lo lejos, la velera
Lancha del pescador, triste y á solas.

Cascos, mástiles, cables, banderolas,
La extensa playa alegran por doquiera,
Y altiva flota al aire la bandera
Emblema de las glorias españolas.

Unas mozas más blancas que el armiño,
Juegan entre las linfas azuladas,
Desnudo el seno, el talle sin corpiño,

Y tanto amor fulguran sus miradas,
Que el mar, ruborizado como un niño,
Rinde á sus pies sus olas encrespadas.

Juan de Dios Peza.

A Oaxaca.

¡Salve, Oaxaca! por la historia ungida
para la cuna del ilustre Juárez.
Tierra bendita y para mí querida,
adonde un tiempo trasladé mis lares.

Huérfana, sola, sin ningún consuelo,
fatigada de llanto y de vigilia;
y me brindó tu generoso suelo,
amistades, hogar, patria y familia.

Contra el destino, insuperable muro
fué para mí tu cariñoso asilo.
Y sólo allí, bajo tu cielo puro,
logró vivir mi corazón tranquilo.

Allí, al abrigo de mi suerte,
tuve un período de quietud y calma,
que me dejó admirarte y comprenderte,
y saberte querer con toda el alma.

Juzgué, leyendo los brillantes hechos
que tu alta historia con orgullo enlaza,
que no puede caber en otros pechos
un corazón de tu valiente raza.

Son tus hijos, indómitos y fieros.
Un oaxaco en la lucha no se abate.
Porque eres nodriza de guerreros
y la clásica tierra del combate.

¡Me fuera dado legislar! Haría
una ley que á los niños comprendiera,
y á todos los infantes mandaría
á crecer en el suelo de Antequera.

Para que allí aspiraran ese ambiente
de bélicos aromas impregnado;
que en el pecho del tierno adolescente
desarrolla el instinto del soldado.

Bajo esa influencia que el valor sublima;
que allá se fueran, á la tierra que amo;
á inocularse con tu bravo clima,
el virus patrio, como yo le llamo.

Aunque ya no existiera ni un vestigio
de tu gloria pasada, basta un hombre
que produjiste, cual sin par prodigio,
para ilustrar y engrandecer tu nombre.

¿A qué citar la antigua dinastía
de los héroes que cuentas á millares,
si está hecha nomás tu apología
al decir que en tu seno, nació Juárez?

¿Quién escucha ese nombre y en su pecho
no siente luego que expontánea vibre
y entusiasta, la fibra del derecho?
¿Quién no se siente ciudadano y libre?

Por tí, Oaxaca, sin cesar suspiro
y como al suelo en que nací, te quiero.
Como bella é histórica te admiro;
como patria de Juárez te venero!

Yo, que nada quiero de la vida,
sólo le pido al cielo con empeño,
un pedazo de tierra tan querida
para dormir el perdurable sueño.

Severa Aróstegui.

A UN MALVADO.

No eres más que un zarzal en lo rastrero;
como él, guardas arañas y serpientes;
y para desgarrar, llevas más dientes
que espinas su boscaje traicionero.

Él, hace presa en todo pasajero;
tú en el honor y brillo de las gentes;
él enreda sus tallos inclementes,
tú te revuelves hosco y altanero.

Como al zarzal, te falta valentía!
como al zarzal te sobra hipocresía;
son, cual los de él punzantes tus abrazos.

Andando á rastras tu vivir sostienes;
traidor y vil, como las zarzas tienes
para agarrar y destruir mil brazos.

Salvador Rueda.

Sigue de la segunda página.

Las otras mujeres estaban casi todas desmayadas y como muertas.

—¡Un muchacho! gritaron los marineros.

A aquel grito, el muchacho siciliano y su compañera, que habían permanecido hasta entonces petrificados por sobrehumano asombro, despertados de pronto por el instinto de la vida, se soltaron al mismo tiempo del palo y se lanzaron al borde del buque, exclamando á una:

—¡Yo!—procurando el uno echar atrás al otro recíprocamente, como dos fieras furiosas.

—¡El más pequeño! gritaron los marineros. ¡La barca está muy cargada! ¡El más pequeño!

Al oir aquella palabra, la muchacha, como herida del rayo, dejó caer los brazos y permaneció inmóvil, mirando á Mario con los ojos apagados.

Mario la miró un momento, le vió la mancha de sangre sobre el pecho, se acordó: el relámpago de una idea divina cruzó por sus ojos.

—¡El más pequeño! gritaron los marineros con imperiosa impaciencia. ¡Nos vamos!

Y entónces Mario, con una voz que no parecía la suya, gritó:

—¡Ella es más ligera! ¡Tú, Julia! ¡Tú tienes padre y madre! ¡Yo soy sólo! ¡Te doy mi sitio! ¡Anda!

—¡Echála al mar! gritaron los marineros.

Mario agarró á Julia por la cintura, y la echó al mar.

La muchacha dió un grito y cayó: un marinero la cogió por un brazo y la subió á la barca.

El muchacho permaneció derecho sobre la borda del buque, con la frente alta, con el cabello flotando al aire, inmóvil, tranquilo, sublime.

La barca se movió, y apenas tuvo tiempo para escapar del movimiento vertiginoso del agua, producido por el buque que se hundía y que amenazaba volcarla.

Entonces la muchacha, que había estado hasta aquel momento sin sentido, alzó los ojos hácia el muchacho, y empezó á llorar.

¡Adiós, querido Mario! le gritó entre sollozos con los brazos tendidos hacia él. ¡Adiós, adiós, adiós!

¡Adiós! respondió el muchacho levantando al cielo la mano.

La barca se alejaba velozmente sobre el mar agitado, bajo el cielo oscuro. Nadie gritaba ya sobre el buque. El agua lamía el borde de la cubierta. De pronto, el muchacho cayó de rodillas con las manos juntas y con los ojos vueltos al cielo. La muchacha se tapó la cara.

Cuando alzó la cabeza, echó una mirada sobre el mar.

El buque había desaparecido.

EDMUNDO DE AMICIS.

sa, para hacer profesión de monja?

—¡Ah! Dios mío: exclamó Hortensia con angustia, pero tú sabes que soy pura, tú eres testigo de mi inocencia!

—¡Já, já, já, já, qué niña eres Hortensia! ¿Crees que porque Dios sabe todo eso, el mundo piensa lo mismo? Supongamos que el mismo Dios, le dijese á Ricardo: "Hortensia es pura" ¿Crees que éste te aceptaría aún así por esposa, para que despues todos le señalaran con el dedo y dijeran: mira, ahí vá ese pobre hombre, ese imbécil que se casó con esa.... que se salió de su casa y anduvo corriendo mundo. ¿Crees ilusa que un hombre de honor, dé su apellido á una mujer, para que todos lo llenen de infamia? Por más amor que te tuviera Ricardo, no creas que te llegase á hacer su esposa. El hombre busca por compañera, á una mujer sin mancha y tú, no la tendrás en

tira todo lo que me dijiste, entónces estoy sostenida por dinero ageno....! Ni un sólo momento puedo permanecer en esta casa! ¡Mi padre! ¡mi padre! ¿Porqué me engañaste Cármen? ¿qué será de mi padre? ¡Ah, para él entónces yo estaré deshonrada! ¡El tan amante y tan bueno.... ¡Dios mío! corro en su busca y me postraré ante él, é imploraré su perdón! Hortensia hizo un supremo esfuerzo por levantarse pero las fuerzas le faltaron y cayó otra vez sobre su asiento; pálida como un cadáver.

Repuesta ya, Cármen le siguió diciendo con pretendida dulzura:—Mira hijita, escúchame sin arrebatos pues solo así me podrás comprender: cuando los hombres nos aman hacen todo género de sacrificios por nosotras, pero si no sabemos corresponderles y ser agras decidas, ellos se enfadan y no abandonan. Ernesto se ha sacrifi-

NOTA SENSACIONAL DE LA SEMANA.

HORADACION Y ROBO EN UN PUNTO CENTRICO.

¡¡ESA FALTA DE POLICIA!!

Desde los primeros números de nuestro periódico, hemos procurado llevar al ánimo de la Superioridad á quien corresponda, la precisión absoluta é indiscutiblemente necesaria que hay del aumento de la Policía, tanto para la seguridad individual del ciudadano, como porque es impropio de la cultura de una capital como Oaxaca, carecer de un cuerpo de Policía, suficiente para cuidar de su órden y vigilancia.

Todas nuestras indicaciones, tendentes al bien público, han sido sin embargo desatendidas, y por desgracia, las consecuencias de esa desatención en un punto de tanta trascendencia, están pesando sobre nosotros de una manera fatal.

Prueba de ello, las continuas noticias de heridos, robos rateros, asesinatos, etc., de que de cuatro semanas atrás venimos dando cuenta. Víctima de esa escasez de Policía, que por consecuencia es la causa directa de la falta de vigilancia, acaba de ser uno de nuestros anunciantes, el laborioso y honrado relojero Sr. José L. Mendoza, quien tiene su taller de relojería, en la 6ª Avenida Hidalgo, número 38.

DESCUBRIMIENTO DEL ROBO.

Al abrir el Sr. Mendoza, la mañana del mártes 7 del actual, á las 8 a m como tiene por costumbre, su taller, fué desagradablemente sorprendido, al notar que de un aparador que tiene frente al mostrador, faltaban todas las alhajas de oro que para su venta, tenía allí el Señor su padre. Su sorpresa y su desagrado crecieron al notar, que de

cado muchísimo por tí; trabaja como un peón, pues á más de los gastos de esta casa, tiene que atender á los de la suya, tú pues, le has costado un sentido; Doctor, medicinas, casa, alimentos, criados y demas gastos menores, que suman una cantidad enorme en los diez y ocho meses que llevas de enfermedad.

Hortensia sólo responde con un profundo suspiro, á su mente acudió la imágen de Ricardo y le parecía que éste la miraba con tristeza impregnada de ternura, con una tristeza imposible de describir. Cuando el amor llena por completo el alma, no es posible borrar sus recuerdos, la ausencia atiza sin cesar su llama; Hortensia consideraba que al conceder su mano á Ernesto, renunciaría para siempre al amor de Ricardo á ese amor que le había arrullado con sus ensueños en los días más felices de su vida,

deshace en copiosa lluvia de lágrimas.

Carmen, á pesar de sus miserias, sintió que sus ojos se humedecían ante el amor de Hortensia y por largo rato dejó que ésta llorase; pero las pasiones la dominaron y en su afán de que Hortensia cediese á su capricho, siguió diciéndole: ¡Qué hermosa es la poesía Hortensia! ¡Ah! y qué dichosos fuéramos todos, si tantas bellezas como encierra fueran realidad; no delires alma mía, no sueñes, trasládate á la vida real y prosáica y comprende tu situación: tanto para tu padre, como para Ricardo y para la sociedad toda, tú eres una mujer deshonrada. ¿Pues qué quieres que piensen de tí, después del escándalo de habernos salido de la casa? ¿Qué quieres que piensen de tí, al saber todos que estás hace tanto tiempo fuera de tu casa?

¿Creerán que te saliste de ella

otro aparador que tenía pendiente de la pared, y en el que guarda los relojes en compostura, faltaban casi todos los que entonces tenía y que llenaban el aparador por completo.

Notó entonces, lo que la primera impresión de sorpresa no le había permitido advertir, esto es, que el pavimento estaba cubierto de tierra y arcilla; entonces alzó la vista al techo y pudo advertir

LA HORADACION

que es tan pequeña, que desde luego se deshecha por imposible la presunción de que un hombre pudiese caber por ella.

Indudable es que fué un muchacho y bastante chico, al que se descolgó por la horadación para que perpetrase el robo. El Sr. Mendoza inmediatamente dió parte al gendarme del punto, y poco después se presentaba la autoridad en el sitio del suceso.

HUELLAS DEL LADRON.

Al practicar el Sr. Juez de lo criminal en turno, una minuciosa vista de ojos, se advirtieron en la pared, huellas de un pié pequeño estampado en la pared desde un metro del pavimento poco más ó ménos, hasta muy cerca del techo. Estas huellas ya no dejaron duda alguna de que fué un muchacho del que los ladrones se valieron para llevar á cabo tan atrevido robo.

Lo que parece inconcebible es la precosidad del ladrón y su buen tino para escojer las alhajas de valor únicamente.

EN 400 PESOS

estima el Sr. Mendoza, el valor de los 49 relojes, (tres de ellos de oro), y las alhajas que le fueron robadas.

Los primeros, eran casi todos agenos, composturas que Mendoza tenía á su cargo, y las segundas, como antes dijimos, las tenía en comisión para su venta, siendo propiedad del Señor su padre.

EXCITATIVA ENERGICA,

hacemos al Sr Juez 2º de lo Criminal, Lic. Alfredo Castillo, á quien se halla consignado este asunto, á fin de que ponga toda su actividad en esclarecer los puntos misteriosos del robo.

Muchos de estos delitos han quedado impunes, pero éste ha sido tan escandaloso, que tiene justamente alarmada á la Sociedad y la vindicta pública no se verá satisfecha, sin el descubrimiento y castigo de los culpables.

FRANCISCO VAZQUEZ.

Desea un empleo en alguna casa de comercio ó en otra negociación. Acredítanle buenas referencias. 8ª Avenida Morelos 56.

Tip. San-Germán.

su frente contra mi pecho rogándole que no llorara y jurándole que nunca, nunca lo olvidaría. Ricardo seguía llorando, lloraba sin consuelo y yo sentía que su mano temblaba convulsa al estrechar la mía.... Su vida y su alma toda, me dejó impresa con sus besos, yo en cambio le dejé la mía; él, es su dueño único y yo de ella no puedo disponer. ¿Cómo podré olvidarlo si es mi propio pensamiento? No! jamás! nunca! Dame mejor la muerte Carmen, pero no me quites su amor! ¡Yo le amo, y ni un instante dejaré de amarle.... y diciendo ésto, su voz se apagó entre sollozos.

¡Qué hermoso es el amor en un alma que sabe comprenderlo, que sabe sentirlo en toda su intensidad. ¡Oh! y cómo resplandece el rostro de la vírgen cándida y casta, cuando el amor brilla en sus ojos, con relámpagos de fuego y se

en los días dichosos para la mujer, en que su alma candorosa y pura sabe sentir con toda la intensidad de su pasión virginal. ¿Olvidar á Ricardo, olvidar aquellas alegrías, aquellos dichosísimos días en que Ricardo se esmeraba por complacerla en todo, olvidar aquellos inocentes y divertidos juegos que con él tenía, olvidar aquella ternura, aquel exquisito cuidado, aquel inmenso amor qne por ella había sentido?....¡Nó, imposible yo no puedo amar por partida doble, y el recuerdo de Ricardo amargaría para siempre mi existencia!.... Absorta seguía en sus reflexiones cuando Carmen le dijo:—Por fin hijita de mi alma, no me contestas?—Carmen! Carmen! ¿Por qué me haces sufrir tan horriblemente? Amo á Ricardo, le amo á él, á él solamente; mi alma, mi sér todo le pertenece, y de no ser suya no seré de nadie; tengo un corazón que só-

EL NOTABLE PIANISTA ADOLFO PEREZ VELASCO.

HONROSA VISITA.—PRÓXIMO RECITAL DE PIANO.—El Jueves 9 del corriente recibimos la visita del Sr. Adolfo Pérez Velasco que nos fué presentado por nuestros amigos el poeta Félix Martínez Doltz y el Sr. Alfonso S. Pardo; el Sr. Pérez Velasco es un perfecto caballero y su trato afable, jovial y cariñoso, hacen que desde luego se le aprecie; su conversación es amena y revela una ilustración artística vasta y profunda; fué para nosotros muy grato el corto tiempo que pasamos en su compañía, hablando sobre Bellas Artes, especialmente sobre música y pintura. El Sr. Pérez Velasco es un verdadero artista; la prensa de la Metrópoli de la República, y de los Estados que ha visitado se han expresado de él en términos muy honrosos y satisfactorios, su permanencia entre nosotros será muy corta.—Hoy dará una audición en el Círculo Católico; nosotros creemos que el éxito será brillante pues el Sr. Pérez Velasco es un artista consumado, es un intérprete fiel y delicado de los mejores autores.

Réstanos hacer público nuestro agradecimiento al caballeroso Sr. Adolfo Pérez Velasco por su honrosa visita.

SENSIBLE DEFUNCION.

El 8 del corriente á las dlez a. m. falleció en la ciudad de México el Sr. Teniente Coronel Lic. Agustín Canseco (jr). El Sr. Lic. Canseco era antiguo é íntimo amigo nuestro, recordamos que en nuestra última estancia en México estuvimos en su casa situada en la calle de Donceles, en un departamento pequeño, un precioso cuarto japonés, amueblado y adornado con muebles y objetos procedentes del Japón, allí conversamos alegremente en compañía de su hermano Constantino, nuestro malogrado é inolvidable amigo y de otros coterráneos radicados en México. La adversidad se ha cernido sobre la muy recomendable familia Canseco, en muy pocos años la Parca inexorable, ha segado las existencias del amante padre y de dos de los hijos, jóvenes de talento y con un brillante porvenir. Enviamos á la viuda de Canseco, á las estimables Señoritas Nancy y Berta y á nuestros amigos Manuel y Fidel Canseco nuestra sincera condolencia por la sensible é irreparable pérdida que acaban de sufrir.

DON FELIPE MAX SILVA.

Probablemente el próximo Jueves 16, debutará en el Teatro Juárez, la magnífica Compañía de Zarzuela, de que es Director y Empresario, nuestro estimable paisano, con cuyo nombre encabezamos estas líneas.

Entre otros artistas de reconocido mérito, figuran las simpáticas y siempre aplaudidas tiples, Elenita y María Ureña.

lo late para Ricardo, fuera de él no hay para mí nada, mi vida, mis ilusiones, mi juventud, mis esperanzas, todo, todo es para él. Temí el amor, lo temí Carmen, porque para mí no es como para otras muchas mujeres, un vano pasatiempo; porque para mí es un sentimiento que me abrasa, que me enloquece, que me fascina por completo, que me arranca lágrimas de fuego y de ternura; puntualmente porque creía y con razón que si alguna vez llegase á amar, amaría sin medida, amaría mucho y mucho también sufriría, por eso lo temía y huía de él. Muchas personas me tachaban de insensible y fría. ¿Para qué amar si por todas partes veía tanta mentira? Muchos jóvenes en los bailes me decían palabras de fuego queriéndome alucinar, pero yo bien comprendía que todo era mentira, porque el amor verdadero no recurre á la lisonja y á la palabrería

para poderse expresar, y no hacía ningún aprecio de ellos, temía el amor porque yo creo que una decepción acabaría con mi vida! ¡Amor y vida son para mí una sola palabra, una sola cosa!

Pero conocí á Ricardo y después de cerciorarme de lo profundo y tierno de su amor, le dí mi corazón, le dí mi alma entera. ¡Carmen, Carmen! él me ama, me ama con frenesí, me ama mucho, sí, mucho me ama.

¡Oh, cuántas veces sorprendí en sus ojos las huellas del llanto! Lo recuerdo como si lo estuviese viendo: era la hora de nuestra despedida y Ricardo mudo y silencioso se apartó de mí; yo, le seguí sin ser notada, él se arrodilló y prorrumpió en sollozos como si fuese un niño y entre sus palabras entrecortadas oí que pedía al cielo por mi dicha. ¡Ah, Carmen no puede más y corrí hácia él y oprimí